

# La oración mental

Condiciones para distinguir con  
éxito lo que Dios me dice

Francisco José Crespo Giner

## ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b> .....	7
<b>I. A LA ESCUCHA DE DIOS</b> .....	11
1. Oración vocal: hablar a Dios.	
Oración mental: oírle .....	11
2. El idioma habitual de Dios:	
los pensamientos .....	12
3. El idioma humano que más conquista a Dios:	
los deseos .....	21
4. Cómo me habla Dios .....	29
5. Cómo distingo mis pensamientos y deseos, de aquéllos que proceden de Dios .....	35
<b>II. CUATRO CONDICIONES DE CERTEZA</b> ..	39
1. Recoger confiadamente las pasiones, en especial cuatro .....	39
2. Desear la Voluntad de Dios, comprobando nuestra sinceridad ante las distintas posibilidades que se presentan .....	40
3. Contar algo a Dios o interrogarle, y detectar la primera idea que se imprima en nuestra mente; o bien, la primera moción de la voluntad .....	56
4. Confiar en adelante plenamente en que esa idea o moción procede de Dios .....	96
<b>III. RECOGIMIENTO</b> .....	115
1. Lograré un umbral mínimo siempre (...) .....	118
2. (...) Que procure recoger las pasiones con un acto previo de abandono confiado .....	121

<b>IV. SANTA MARÍA, DETÉN TU DÍA.....</b>	<b>155</b>
<b>V. SI SE PUEDE, SILENCIO ABSOLUTO .....</b>	<b>167</b>
<b>VI. QUIETUD.....</b>	<b>179</b>
<b>VII. UNIÓN .....</b>	<b>187</b>
<b>VIII. ORACIÓN DURANTE EL TRABAJO .....</b>	<b>203</b>
<b>BREVE GUIÓN PARA ORAR.....</b>	<b>217</b>

## PRÓLOGO

Karen Simmons Knapp, cuando en agosto de 1991 supo que esperaba un bebé, como cualquier madre hizo todo lo posible por preparar a su hijo Michael, de cinco años de edad, para la llegada de su nueva compañía. Las pruebas adelantaron que sería una niña. Y Michael, desde cerca del seno materno, le cantaba todos los días. Él ya quería a su hermanita antes de nacer.

El embarazo se desarrolló con normalidad, y las primeras contracciones empezaron en el tiempo previsto y con la cadencia adecuada para ingresar sin riesgos en el Hospital de Saint Mary de Knoxville (Tennessee). Pero en el parto, que se prolongó durante horas, surgieron complicaciones. Los médicos debatían sobre la conveniencia de practicar, o no, una cesárea. Finalmente, el bebé nació, aunque en un estado tan precario, que hubo que trasladarla de prisa a la UCI de neonatos. Con el paso de los días empeoraba. El médico sugirió a los padres que se prepararan para lo peor, porque las posibilidades de mantenerla con vida se reducían. Karen y su marido que, meses atrás, con ilusión, habían dispuesto el cuarto del bebé con todo lujo de detalles, ahora se encontraban abatidos y con la necesidad de pensar en los pormenores de un funeral más que probable.

Mientras, Michael pedía a sus padres a diario que le dejasen conocer a su hermanita. “Quiero cantar para ella”, les decía. Pero en esa zona del Hospital no se permitía la entrada a niños. Ante su insistencia, cuando empezaba la segunda, y quizá definitiva, semana de cui-

dados intensivos, Karen se decidió. Si no la ve con vida hoy —pensaba—, mañana será demasiado tarde.

Trató de disimular, con ropa, su edad y de introducirle rápidamente en la UCI, pero no consiguió eludir el encuentro con una enfermera.

—Lo lamento; está prohibida la entrada a menores.

—Mi hijo no se moverá de aquí hasta que vea a su hermanita —respondió Karen con estudiada firmeza. Su actitud decidida y el temor a empeorar la situación, facilitó que se aceptase su propuesta sin reparos. Poco después, Michael contemplaba en silencio aquella jadeante figura que, en el interior de la incubadora, se debatía entre la vida y la muerte. Acercando sus labios, entonó en voz baja la canción que tantas veces le había dedicado antes de nacer.

—“Tú eres mi sol, mi único sol. Me haces feliz aun cuando el cielo esté oscuro...” —En ese momento, el bebé pareció revivir. Las aceleradas pulsaciones registradas en uno de los monitores disminuyeron de frecuencia y se hicieron estables.

—Sigue cantando, Michael —le pidió su madre, sorprendida por lo que veía.

—“Tú no sabes, querida, cuánto te amo...Por favor, no te lleves mi sol ahora...”

Mientras Michael cantaba, la respiración apresurada del bebé se fue suavizando visiblemente.

—¡Continúa, hijo mío! —insistía Karen conmovida.

—“La otra noche, querida, soñé que estabas en mis brazos...” —La criatura se relajaba de modo gradual, hasta adentrarse en lo que parecía un profundo sueño.

—Sigue un poco más, Michael.

Una enfermera comenzó a llorar. El personal médico de la sala se fue concentrando, atónito, alrededor de la incubadora.

—“Tú eres mi sol, mi único sol. Tú me haces feliz aun cuando el cielo esté oscuro... Por favor, no te lleves mi sol ahora...”

Las pruebas confirmaron su curación. Tras unos días de cautela, pudieron trasladarla a casa sin riesgos. En la prensa local, los médicos que siguieron el caso calificaron la mejoría de “inmediata y asombrosa”. El *Woman's Day Magazine* tituló esta historia como “La canción de un hermano”. Karen lo llamó, con naturalidad, “el milagro del amor”.

El amor humano es increíblemente poderoso porque es prolongación del de Dios. Un movimiento del Amor divino creó el universo; y su intervención constante lo mantiene en continua actividad. Las almas que lo buscan y acrecientan, al menos en sus manifestaciones exteriores, notan que algo les acerca paulatinamente a esa omnipotencia benefactora que todos detectan, como agazapada, en la naturaleza.

Quizá, por parecerles pretencioso o inalcanzable, no se plantean una conclusión evidente y esperanzadora: si el afecto humano logra prodigios tan extraordinarios, ¿qué ocurre cuando alguien se expone de cerca, sin barreras, al volcán silencioso del Amor, llamado Espíritu Santo?

¿Quieres entrar en contacto, de un modo extremadamente directo, con esa fuerza arrolladora capaz de transformarlo todo? Practica con perseverancia la oración mental: dialoga con Dios. Concentra todas tus energías en el recogimiento del alma. Estas líneas tratan de eliminar, uno por uno, los obstáculos habituales, de manera que logres presentarte ante la mirada bondadosa y radiante del Creador. Así, advertirás su actuación con facilidad y te entusiasmará interpretar con acierto cuantos mensajes personales suyos recibas.



## I. A LA ESCUCHA DE DIOS

### 1. Oración vocal: hablar a Dios. Oración mental: oírle

“Orar es hablar con Dios —dice san Josemaría Escrivá—. Pero, ¿de qué? —¿De qué? De Él, de ti: alegrías tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerte: ¡tratarse!”<sup>1</sup>. La oración mental es conversar con el Creador. Un apasionante intercambio de lo que cada uno —Dios y yo— lleva en su corazón y en el que, a menudo, se habla de lo cotidiano y, poco después, se escucha lo que Él tenga que decir sobre el asunto que tratamos. Sin duda, la actividad más aconsejada por Jesús<sup>2</sup> y, en la que, probablemente, invirtió más tiempo<sup>3</sup>.

Sin embargo, es habitual que, entre las devociones de los mejores cristianos, apenas aparezca alguna dedicada a la escucha de Dios. Hay quien prioriza la oración vocal sin dar cabida al silencio interior tan practicado por Jesús. A otros, les resulta difícil distinguir las inspiraciones divinas con seguridad y tienden a convertir la oración en una búsqueda de argumentos que les re-

1 *Camino*, n. 91, 78ª ed. Rialp, Madrid 2004, p. 25.

2 “(Jesús) les proponía una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desfallecer” (Jn 18, 1).

3 “Y, después de despedir a la gente, subió al monte a orar a solas. Cuando se hizo de noche, seguía Él solo allí” (Mt 14, 23). *Yo siempre hago lo que le agrada* (Jn, 8, 29).



muevan o de doctrinas desconocidas que centren su interés. Esto es lo que a tantos les lleva a conformarse con leer un libro espiritual; un buen libro, en el mejor de los casos. No distinguen la oración mental de la lectura meditada; o bien, les parece suficiente. Es indudable que esta última ha ayudado a muchas almas a llegar a la santidad y nunca debería abandonarse. Pero puestos a comparar, la oración mental es muy superior, porque el Todopoderoso abre el cofre de los tesoros cuando tratamos de conversar con Él. Y es que cualquier padre disfruta más del contacto directo y personal con cada uno de sus hijos que con la generalidad de un mensaje escrito a todos por igual.

Además, las acciones simples y diminutas emprendidas por obediencia a las inspiraciones de Dios logran una recompensa enorme, ya experimentada tantas veces en la tierra. En cambio, los mayores sacrificios realizados sin preguntar al Señor suelen ser menos premiados.

Si dispones de poco tiempo, si pretendes economizar tus esfuerzos, consulta las sugerencias del Altísimo en la oración mental, “porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”<sup>4</sup>.

## **2. El idioma habitual de Dios: los pensamientos**

El Logos, la Palabra eterna, la Sabiduría organizadora del universo desea hablar a solas con cada hombre y nos ha dotado de poder para distinguir lo que nos dice. Es una evidencia: si Dios lo puede todo y, al mismo tiempo es un Padre que nos quiere más que nadie, inmensamente ¿cómo se le iba a ocurrir crear a un hijo que no fuera capaz de discernir con claridad lo que Él le transmite? Asimismo: ¿por qué razón cruel nos privaría

<sup>4</sup> Rom 8, 14.

de los recursos interiores eficaces que eviten confusiones con lo que inventamos nosotros, o con lo que nos inspiran otros seres? Ese modo de actuar iría en contra de su cordura, o lo que es peor, de su enorme Bondad.

No te quepa duda. Dios nos ha concedido la facultad de distinguir con precisión y certeza lo que nos explica en el alma. Y para ello, de ordinario, se sirve de nuestra mente. Si hubiera querido comunicarse con caballos, habría utilizado aspavientos y silbidos. Pero con los hombres se vale de las potencias espirituales que le confirió y, en especial, de nuestro talento en la interpretación de ideas<sup>5</sup>, capacidad propia del intelecto humano. Más aun; es probable que éste haya sido diseñado por Él, sobre todo, para que entremos en contacto con su Naturaleza espiritual, de modo semejante a como una buena madre se cerciora de que su hijo, al salir de excursión, lleva el móvil encima. Francisca Javiera del Valle<sup>6</sup> describía su propia experiencia cuando afirmaba que el Espíritu Santo enseña “por medio de una luz clara y hermosa que Él pone en el entendimiento”<sup>7</sup>.

Es importante hacer notar que Dios no suele recurrir a voces que puedan percibir los oídos. La explicación es evidente: este modo de comunicarse con sus criaturas, tan claro e inequívoco, nos obligaría más. Y si se desobedeciera, se ensombrecería nuestra conciencia, lo que es poco recomendable.

---

5 Con el término “ideas” englobamos con poca precisión cuantos actos puede ejecutar nuestro entendimiento, como veremos más adelante: la simple aprehensión de algo, intenciones, pensamientos, juicios, etc. Quedan aparte las imaginación y la memoria sensitiva (S. TOMÁS DE A., *S. Th.*, I, q. 79, a. 10, r. 3).

6 (1856-1930) Una humilde campesina que trabajó como costurera en el Colegio que la Compañía de Jesús tenía en Carrión. Alcanzó las cumbres más altas de la espiritualidad mediante una vida sencilla, llena de ocupaciones.

7 FRANCISCA JAVIERA DEL VALLE, *Decenario al Espíritu Santo*, Rialp, Madrid 1954, p. 69.

Basta acordarse de alguien tan piadoso como el anciano Zacarías. Su resistencia a creer lo que se le anunciaba durante una aparición, y la medicina administrada en el tratamiento de su alma herida: “Desde ahora, pues, te quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no has creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo. El pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de su demora en el Templo. Cuando salió no podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión. El intentaba explicarse por señas, y permaneció mudo”<sup>8</sup>. Zacarías no recupera la voz hasta que, nueve meses más tarde, realiza un acto público de confianza en lo que Dios le comunicaba: “Al mismo tiempo preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. Y él, pidiendo una tablilla, escribió: Juan es su nombre. Lo cual llenó a todos de admiración. En aquel momento recobró el habla, se soltó su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios”<sup>9</sup>.

Su Divina Majestad no utilizará voces o apariciones de ángeles, a menos que nos vea preparados para esta responsabilidad. Ese sistema de comunicación forzaría tanto la libertad humana, tensaría de tal modo nuestra capacidad de obedecer, que es posible que acarree más inconvenientes que beneficios.

Un matiz: que Dios no acostumbre a comprometernos con visiones de ángeles, no significa que renuncie a criaturas tan perfectas para sus relaciones privadas con los hombres. Al contrario, es uno de sus cauces ordinarios.

Otra distinción más sutil, pero no por eso menos importante: es muy poco frecuente que nos transmita, en terminología clásica, *locuciones sobrenaturales*. San

---

<sup>8</sup> Lc 1, 13-20.

<sup>9</sup> Lc 1, 62-64.

Juan de la Cruz las define como “aquellas palabras interiores, distintas y formales que el espíritu recibe, no de sí mismo, sino de otro, unas veces estando recogido, y otras no”<sup>10</sup>. Conviene ser muy cauto antes de admitir con seguridad que Dios me habla de este modo. Es preferible desconfiar, hasta que se haya constatado, incluso repetidamente, que producen buenos frutos o anticipan acontecimientos verdaderos que resulten útiles para hacer el bien. De lo contrario, puede que en mi interior esté componiendo frases más o menos redondas, que nada tienen que ver con aquel tipo de comunicación divina.

Lógicamente, el Señor se relaciona con sus criaturas como mejor le parece, también con palabras que se presenten en nuestro intelecto con nitidez y desligadas de sonidos. Pero no suele ser un medio habitual. No es su “idioma”. Del mismo modo que las apariciones se reservan a unos pocos, la transmisión de una idea concreta, utilizando palabras de una lengua es una condescendencia con las facultades humanas que Dios suele destinar a sus más íntimos. “El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como se habla con un amigo”<sup>11</sup>, se describe en el Antiguo Testamento acerca de la oración del Patriarca. También se ha dirigido así a otros que disfrutaron de mucha intimidad divina. San Josemaría Escrivá percibió claramente estas palabras: *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (cuando sea exaltado en las actividades humanas, lo atraeré todo hacia Mí)<sup>12</sup>.

Entonces, ¿cómo se dirige a los hombres habitualmente? Con pensamientos. Dicho de otro modo, Dios regala sus “ideas” a cualquiera que desee hablarle y sepa

---

10 *Subida del Monte Carmelo*, c. 28, n. 2, p. 667.

11 *Ex* 33, 11.

12 VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, I, Rialp, Madrid 1997, p. 381.

distinguir las entre el mar turbulento de las reflexiones humanas. Recordemos lo que dijo el apóstol san Juan cuando intentó enseñar la práctica de la oración: “Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorar en espíritu y en verdad”<sup>13</sup>. El discípulo amado del Señor nos da la pauta de cómo le gusta al Padre ser tratado: en espíritu. Admite las palabras interiores y otros hábitos propios de la mente, pero le agrada más que nos dirijamos a Él en su modo acostumbrado: en espíritu. Tal vez porque está al corriente de la facilidad del hombre para “decir” y no hacer. Porque conoce nuestra tendencia a ignorar las disposiciones reales de la voluntad, que detecta de modo continuo y preciso. Y también, quizá, porque la transformación de ideas en vocablos recogidos en los diccionarios es una actividad del todo humana y, por tanto, expuesta constantemente a los errores del intérprete que “traduce”.

Nos resulta extraño restar importancia al léxico. Sin embargo, es una batalla que no pertenece solo a los cristianos del siglo XXI. San Pablo decía a los corintios, en su particular escuela de oración de diálogo: “Si rezo en lenguas, mi espíritu reza, pero mi mente queda sin fruto”<sup>14</sup>. Se refería a los que adoraban en dialectos inspirados desde lo Alto y, a menudo, desconocidos para todos, incluido el orante. Pero también al error de olvidar el papel decisivo de la mente, como parte esencial del contacto divino. En otras palabras: el Creador aprecia el esfuerzo del que intenta relacionarse con Él en su idioma, el de los pensamientos, y lo premia. No queda “sin fruto”.

<sup>13</sup> Jn 4, 24.

<sup>14</sup> 1Co 14, 14. El don de lenguas es la facultad sobrenatural de orar o de cantar las alabanzas de Dios con entusiasmo, con palabras desconocidas que con frecuencia requerían la intervención de un intérprete. Aunque S. Pablo se refería a este carisma, su enseñanza va más allá al tratar de que sus oyentes dieran prioridad a los actos interiores, por medio de los cuales Dios alimenta al alma.

Es evidente, que nada hay en contra de la plegaria vocal. En absoluto. El Señor compuso el Padrenuestro con el fin de enseñar a sus discípulos a rezar. Aun así, incluso en ese modo de dirigirme a Dios, no oro para manifestarle algo que Él desconozca y que deseo, sino buscando avivar el impulso de mi mente, y la de los otros hombres, hacia el Creador. Por este motivo, según santo Tomás de Aquino, “en la oración privada hemos de usar de tales palabras y signos en la medida en que sean provechosos para excitar interiormente el espíritu. Pero si nuestra alma se distrae por este camino, o de cualquier modo se siente impedida, habrá que prescindir de tales recursos”<sup>15</sup>.

La oración de la mente o del corazón es muy superior a la vocal porque, si exceptuamos algunos actos como la entrega o el sacrificio, utiliza el medio más íntimo e intenso del que disponemos los hombres para amar: el diálogo.

Cierto que a veces es difícil percibir las ideas divinas, y que el alma parece que necesita, en algunos momentos, como cerrar sus oídos a intervenciones exteriores y así transmitir sus sentimientos de gratitud o aflicción con rezos ya compuestos. Pocas cosas son tan aconsejables. Pero, en líneas generales, el diálogo con el Señor resulta lo más ventajoso.

Cualquiera que se haya ejercitado en ella como debe, aprecia lo rápidamente que le reporta una viva cercanía de Dios e inconfundibles avances en las virtudes. *Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado*<sup>16</sup>, dijo Jesús a los que le atendían, poco antes de animarles a retener esta doctrina que hemos explicado sobre escuchar al Creador: *Si permanecéis en Mí y mis*

---

15 S. TOMÁS DE A., *S. Th.*, II-II, q. 83, a. 12.

16 *Jn* 15, 3.

*palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se os concederá*. Además, durante la conversación con Poncio Pilato, estableció una especie de rango superior para los que se esforzaran en percibir lo que el Cielo envía a la propia mente: *Todo el que es de la verdad, escucha mi voz*<sup>17</sup>.

Es lógico que este modo de dirigirse a Él sea tan eficaz: ¿a quién no le agrada ser entendido cuando se expresa? A Dios también. A cualquiera le gusta que contesten a sus preguntas o que no rompan, sin motivo justificado, el hilo de la propia exposición; de igual modo al Señor.

Por otra parte, cuántas veces hemos experimentado el desconcierto que provocan algunas personas que parecen iniciar una conversación de tono amable, y te acaban endosando un discurso preparado, en el que resulta inútil cualquier intento de participar. El Hijo es inmensamente apacible, es verdad, pero este pretexto no parece haber servido a Simón, el fariseo, cuando Jesús le reprochó sus numerosas faltas de cordialidad como anfitrión<sup>18</sup>.

Sabemos que Dios ama a quien le pide, sin embargo a nadie se le escapa que, hasta en las relaciones humanas, se demuestra mucha más cortesía y desinterés con una atención despierta y obediente, que con cualquier súplica de favores. Para Jesús es encantadora la actitud de la persona receptiva que espera en silencio la orden de su amo, la opinión de un invitado o el deseo de un amigo: *Lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y fructifica y produce el ciento, o el sesenta, o el treinta*<sup>19</sup>. Al Señor, tanto por su naturaleza hu-

---

<sup>17</sup> *Jn* 18, 37.

<sup>18</sup> *Lc* 7, 44.

<sup>19</sup> *Mt* 13, 23.

mana como por la divina, le atrae lo que suele cautivar a la mayoría: la escucha respetuosa, el intento de ofrecer un servicio, de divertir o de agradar, aunque no se logre ese objetivo, porque “Dios ama al que da con alegría”<sup>20</sup>.

Durante un desplazamiento en tren me encontré a la esposa de un catedrático de universidad, amigo mío. Regresaba de un viaje turístico. Me extrañó que no fuera acompañada por su marido y le pregunté por el motivo, asumiendo riesgos evidentes. “Porque pago la mitad y me divierto el doble”, contestó con clara intención de divertir y de suavizar mi imprudencia. “Y le llevo al único que se alegra de verle: al perro”, ironizó, mientras señalaba a un jadeante bretón recostado bajo su asiento. La charla se centró en su frágil entorno familiar: “Mi marido está en la universidad a jornada completa, y regresa muy tarde del trabajo. Cena sin apenas dirigirme la palabra. Mis hijos estudian en un internado. Acuden a casa durante el fin de semana. Pero pasan casi todo el tiempo con sus amigos. Solo me hablan para pedir la comida o reprocharme algún error. Como puedes suponer, me resulta difícil viajar acompañada. Aun así, opinamos sin excepción que hay uno maravilloso en la casa: el perro. Es adorable. No se queja nunca, y cada vez que alguien abre la puerta, agita todo el cuerpo para manifestar su alegría, y se abalanza hacia nosotros sobre sus patas traseras como si intentara darnos un beso”. Me quedé muy sorprendido. El animalito le había ganado la partida a todo un catedrático, con sus concienzudos estudios. Los que deberían conquistar el afecto ajeno, sucumbieron ante un efusivo movimiento de rabo.

Repitamos las palabras de san Pablo: “Dios ama al que da con alegría”, en especial, si le dan a Él y, sobre todo, si se le atiende cuando la vida dificulta esa escucha

20 2 Co 9, 7.



amorosa. San Josemaría Escrivá era especialista en la oración de la gente con poco tiempo libre. Y daba importancia capital a estas ideas que se reciben desprovistas de palabras: “Permanece atento, porque quizá Él querrá indicarte algo: y surgirán esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvenciones”<sup>21</sup>. Es aconsejable fijar la atención en ese pensamiento desligado del lenguaje, para distinguir con exactitud lo que Dios nos dice. En seguida, descifrar todos sus matices y, entonces, cuando resulte preciso, traducirlos a nuestro idioma, o simplemente ponerlos en práctica si el Espíritu Santo nos sugiere esto.

Jesús aseguró esta manera de comunicarse con sus apóstoles, en los instantes en que atravesaran situaciones delicadas: *Cuando os conduzcan para entregaros, no os preocupéis por lo que debéis decir; más bien tenéis que decir lo que en aquel momento se os comunique. Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino el Espíritu Santo*<sup>22</sup>.

Esa promesa no ha perdido vigencia; al contrario. Es como si la premura por extender el Reino de los Cielos hubiera ampliado el radio de acción a cuantas personas le busquen, viéndose todas ellas asistidas en las circunstancias más variadas. El 23 de abril de 1975, el papa Pablo VI nombró arzobispo coadjutor de Saigón al sacerdote vietnamita Nguyen van Thuan. El régimen comunista le encarceló durante trece años, nueve de ellos incomunicado. La sentencia dictaminaba arresto porque su designación era considerada fruto de un complot del Vaticano y de algunos gobiernos imperialistas.

En su aislamiento, estuvo sometido a la vigilancia de cinco centinelas. Por turnos, dos de estos estaban

---

<sup>21</sup> *Amigos de Dios*, n. 253, 29ª ed. Rialp, Madrid 2002, p. 361.

<sup>22</sup> *Mc* 13, 11.

siempre con él. Los jefes les habían dicho: “Os sustituiremos cada dos semanas por otro grupo, para que ese peligroso obispo no os contamine”. Después decidieron: “Ya no os cambiaremos, porque si no, este obispo contaminará a todos los policías”. Al principio, los guardias, no hablaban con él. Se limitaban a contestar “sí” o “no”.

“Era realmente triste —relata van Thuan en sus apuntes—: pretendía ser afable y cortés con ellos, pero resultaba imposible. Evitaban toda conversación. Una noche, me vino un pensamiento que traduje en estos términos: Francisco, tú todavía eres muy rico; tienes el amor de Cristo en el corazón. Ámalos como Jesús te ha amado. A la mañana siguiente, empecé a quererlos más aún, a amar a Jesús en ellos, sonriendo, dirigiéndoles palabras amables. Les conté historias de mis viajes, de cómo viven los pueblos en América, Canadá, Japón, Filipinas..., sobre la economía, la libertad, la tecnología. Esto estimuló su curiosidad y los impulsó a hacerme muchísimas preguntas. Poco a poco nos hicimos amigos. Quisieron aprender lenguas extranjeras: inglés, francés,... ¡Mis guardias se convirtieron en mis alumnos!”<sup>23</sup>.

Recibir un pensamiento de origen divino, puede ser la clave que explique una situación o que resuelva un problema que nos atenaza. Que siga procediendo del Altísimo o que pase a ser de nuestra cosecha dependerá de mi habilidad para transformarlo en las palabras adecuadas.

### **3. El idioma humano que más conquista a Dios: los deseos**

El lenguaje que más agrada al Señor es el de las inclinaciones de la voluntad. Es de tal importancia que, *23 Testigos de Esperanza*, 4ª ed. Ciudad Nueva, Madrid 2000, p. 87.

aunque se insistiera en este detalle, difícilmente comprenderíamos su verdadero alcance. De ahí que estas líneas se extiendan en algo que aparenta ser tan sencillo.

El Espíritu Santo se comunica habitualmente a través de ideas, como se ha dicho antes. Ahora bien, al centrarnos en los asuntos divinos, la potencia principal de nuestra alma no es el entendimiento sino la voluntad<sup>24</sup>, con sus facultades apetitivas. Entre éstas, sobresale el libre albedrío con su acto propio, la elección, que no es más que un tipo de deseo<sup>25</sup>.

Cuando aquí utilizamos el verbo *desear*, no nos referimos a su significado clásico: pretender una cosa desde el punto de vista afectivo, sentimental, a modo de ráfaga que atraviesa la voluntad sin dejar rastro. En absoluto. El deseo que llega al Corazón de Dios es el que busca algo poniendo la voluntad por delante, con empeño y tesón, dejándose la piel en la empresa si de actuar se tratara. Es lo que, en la escolástica, se conoce como *querer*, propio de almas sólidas, hechas, que han alcanzado la madurez. En el Nuevo Testamento vemos, con frecuencia, cómo Jesús se deja atraer por personas así: san Pedro, los “Hijos del Trueno” Santiago y Juan Evangelista, san Juan Bautista, etc.

En el ámbito de la comunicación con alguien como Dios, que es Espíritu puro y Amor inmenso, parece lógico que los deseos cobren enorme importancia, pues son el medio inmaterial con el que se manifiesta nuestra voluntad cuando ama.

Por ejemplo, es corriente que deseemos sin intensidad, de modo rutinario, formalista o por costumbre.

---

24 “La voluntad es más eminente que el entendimiento (...) Por eso, es mejor amar a Dios que conocerle, y al revés: Es mejor conocer las cosas caducas que amarlas” (S. TOMÁS DE A., *S. Th.*, I, q. 82, a. 3, r).

25 “La elección es el deseo de aquello que está en nuestro poder” (S. TOMÁS DE A., *S. Th.*, I, q. 83, a. 3).

Esto es lo que suele ocurrir al sentirnos cansados de las oraciones vocales porque con frecuencia no obtenemos lo que pedimos. También se da al rezar mentalmente sin corazón, al promover un parloteo interior que ignora que Dios pueda intervenir en ese monólogo. Quizá lo atribuyamos a la inexperiencia o a una carga de pecados demasiado excesiva como para obtener algo tan ambicioso. Muchas veces no caemos en la cuenta de que se debe a que nuestros deseos son tan tibios que resultan ineficaces.

Conocí hace años a un estudiante de primer curso de Biología. Me decía que su madre alcanzaba del Señor todas sus peticiones. Con el fin de explicarlo, nada sería mejor que observarla al rezar, como logré años más tarde: la vi paladear cada sílaba del padrenuestro; esforzarse tanto en poner el afecto en sus frases, que esta oración le llevaba de ordinario varios minutos. Cuando oramos con un querer profundo, casi abrasador, se entrevé con facilidad la influencia directa del Cielo, por lo novedoso que resulta, y es señal clara de que probablemente quiera conceder aquello que ya está imprimiendo en nuestro interior.

Es cierto que Dios acoge con verdadera solicitud cualquier modo de dirigirle la palabra por maquinal, distraído y breve que sea nuestro diálogo. Pero en absoluto obtiene el mismo fruto esa súplica que otra intensa, o insistente pues, a fin de cuentas, siempre presupone el ofrecimiento de un valioso tesoro humano: el del tiempo o el del propio esfuerzo. Todo un homenaje de amor. Quizá sirva de ejemplo, el relato de un viaje a Madrid que mi buen amigo Vicente, asesor financiero, hizo en 2005.

Acudí, junto a otras cinco personas, a la Parroquia de Nuestra Señora de Zulema cuando le convocó su ti-

tular, D. José Antonio Fortea, teólogo de la diócesis de Alcalá de Henares, especializado en demonología. Los exorcistas, durante sus sesiones, suelen recurrir a la ayuda de católicos piadosos para que le apoyen con sus plegarias. D. José Antonio aconsejó a los asistentes que mantuvieran la calma y que no dieran crédito al “padre de la mentira” si, como era frecuente, refería pecados ocultos de los allí presentes. Poco después llegó, acompañada por su madre, Marta, una estudiante de Ciencias Exactas. Joven, de grandes ojos negros, pelo moreno y guapa, nada daba a entender la temible dolencia espiritual que padecía. Era poseída por siete demonios, seis de los cuales habían salido en exorcismos anteriores. El último se resistía: siempre queda el más poderoso para el final.

El padre Fortea abre la capilla situada en el sótano de su parroquia. Transportan una colchoneta forrada de plástico verde hasta el pie del altar. Marta se recuesta boca arriba y el sacerdote permanece unos minutos arrodillado en recogimiento. Extiende su mano derecha y la impone sobre el rostro de la joven, sin tocarla, mientras inclina la cabeza y susurra repetidamente y con los ojos cerrados una plegaria ininteligible.

Al poco, un alarido desgarrador rompe el silencio de la capilla. Es ronco, varonil. Los gemidos aumentan de frecuencia. Su cuerpo se estremece. Mueve la cara de un lado a otro; primero, lentamente; luego, con inusitada rapidez. El exorcista, impasible, prosigue su salmodia incluso cuando las lúgubres voces dan paso a un rugido estentóreo y furioso. D. José Antonio, con serenidad, coloca un crucifijo sobre el vientre de la joven, la rocía con agua bendita e invoca a san Jorge. Al oírlo, Marta arquea su cuerpo hasta tirar el crucifijo. A continuación, pone los ojos completamente en blanco y se levanta toda

entera un palmo de la colchoneta. Los presentes no dan crédito a lo que ven.

—Sal de la criatura, en nombre de Dios.

—¡Nooooo! —aúlla la joven mientras se aferra a la colchoneta.

—Sal, te lo ordeno en nombre de Cristo.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —repite una y otra vez, al mismo tiempo que sus manos se contraen como garras. El presbítero arrecia en sus exhortaciones hasta que, agotado tras hora y media de lucha, se levanta y sale de la capilla.

En ese momento, la posesa deja de jadear y fija su oscura mirada en los invitados que habían permanecido en segundo plano. Durante un rato interminable escruta, de uno en uno, el semblante de los presentes, tratando de calibrar sus energías espirituales. Finalmente, como despreciándoles y conocedor del poder ante Dios de una madre, detiene la vista en la señora que se mantiene junto a la cama. Ésta, preocupada por ayudar a su hija, toma la iniciativa:

—¡En nombre de Cristo, te ordeno salir! —suplica, mientras muestra una postal de nuestra Señora de Fátima.

—¡Abre los ojos! ¡Mira a la Virgen! —obtiene como respuesta un bufido que termina en rugido.

—¡San Jorge, ven! ¡San Jorge, ven! ¡Ven, san Jorge! ¡Sal de ella, san Jorge!

La posesa se detiene un instante, sonrío y dice con sorna:

— ¡Sal de ella, san Jorge...!

Vicente, que hasta entonces ha estado rezando el rosario de un modo maquinal, absorto en un espectáculo tan horrible, reacciona al ver la humillación de la pobre madre y decide concentrarse intensamente en el

avemaría que va a comenzar. Cierra los ojos y trata de recogerse, ralentiza la cadencia de las frases para aplicar toda su alma en la siguiente petición: "...Ruega por nosotros, pecadores...". En ese mismo instante, el demonio, con el rostro desencajado, se vuelve hacia él y lanza un aullido de terror completamente distinto a los anteriores. Se agita de espanto, tiembla presa del más profundo pavor sin perder de vista a Vicente con los ojos casi fuera de las órbitas.

Esta reacción de Satanás no pasó inadvertida para el exorcista, y a Vicente se le quedó grabada en la memoria de modo imborrable. En lo sucesivo, le ayudaría a aplicar con empeño toda la fuerza de la voluntad en sus charlas con el Señor. Minutos después, el padre Fortea dio por finalizada la sesión sin haber conseguido, por desgracia, expulsar ese demonio.

El ímpetu irrefrenable de nuestro espíritu es el que llega con rapidez a lo profundo del Corazón paternal de Dios, que se comporta como apremiado a manifestar su Bondad cuando nos dirigimos a Él de ese modo. Las lágrimas de María obtuvieron más prontamente la resurrección de Lázaro que las adorables consideraciones de Marta acerca del Mesías. El dolor intenso de la viuda de Naín propició la vuelta a la vida de su niño con mayor destreza que si lo hubiera solicitado con palabras poéticas o con locuacidad.

Conviene que nos fijemos en otras oraciones que Jesús atendió en el acto. No se trataba de fórmulas sabias y complicadas. Eran, a lo sumo, la exposición sencilla de una angustia o necesidad: "¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!<sup>26</sup>, ¡Creo, Señor; ayuda mi incredulidad!<sup>27</sup>,

---

<sup>26</sup> Mc 10, 47.

<sup>27</sup> Mc 9, 24.